

Globalización y redefinición de identidades: hacia una visión comparativa

LUIS RONIGER

Universidad Hebrea de Jerusalén

Notas a propósito de: MARIO RAPOPORT (comp.): *Globalización, integración e identidad nacional. Análisis comparado Argentina- Canadá*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994; y JONATHAN FRIEDMAN, *Cultural Identity and Global Process*. London, Sage, 1994.

Para ubicar intelectualmente las obras reseñadas es, necesario retrotraer nuestra atención a la metamorfosis identificable en el tratamiento del cambio social en las ciencias sociales. Desde sus inicios como disciplinas modernas en las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX, las ciencias sociales en general y la sociología en particular han focalizado su interés en el estudio del cambio social. Bajo el impacto de la Revolución Francesa, la conceptualización misma del cambio social como ingrediente básico de la acción humana se radicaliza. Sobre el trasfondo de transformaciones profundas en las estructuras socioeconómicas de la sociedad europea y americana, se elaboran marcos conceptuales centrados en el análisis del cambio social. Los brillantes trabajos de Alexis de Tocqueville y Marx se publican paralelamente a la enunciación de perspectivas evolucionistas ligadas a nombres como los de Comte y Spencer. El evolucionismo pone énfasis en el desarrollo unilineal progresivo de las sociedades humanas desde sus fases más 'primitivas' hacia las más evolucionadas y modernas.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, Emile Durkheim dio un nuevo giro analítico a la visión evolutiva mediante su obra sobre la división del

trabajo social. En ella enfatizó la diferenciación estructural creciente de las sociedades humanas y destacó sus consecuencias respecto de la redefinición de la solidaridad y las relaciones humanas. Tal redefinición implicaría el paso desde un estadio de similitud estructural y solidaridad sobreentendida ("solidaridad mecánica" fue el término usado por Durkheim) hacia un estadio en el cual la solidaridad social habría de estructurarse a partir de un marco de creciente diferenciación y divergentes percepciones e intereses sectoriales, característicos de las sociedades complejas e industriales.

A lo largo del siglo XX, distintas escuelas de sociología criticaron o elaboraron las premisas del evolucionismo. Algunas, como la elaborada por O. Spengler, enfatizaron la existencia de ciertos ciclos evolutivos en la 'vida' de las sociedades humanas. Otras, como el neo-evolucionismo, han destacado el carácter multilineal de la evolución humana.

Ligadas al tema del cambio social, distintas controversias epistemológicas fueron desarrollándose en forma paralela en torno a la identificación de los mecanismos de generación del cambio social. Entre las más famosas hacia la mitad del siglo se cuentan las discusiones entre los partidarios del funcionalismo evolucionista –ligado al nombre de Talcott Parsons, especialmente en su etapa tardía– y los partidarios de distintas teorías de conflicto social, que van desde Lewis Coser a los neo-marxistas.

Las teorías de la modernización conjugaron el interés creciente por el cambio social junto con las controversias sobre los mecanismos de generación del mismo, a través de los enfoques que desarrollaron. Algunos de los voceros de la modernización destacaron la difusión de parámetros de desarrollo estructural y premisas occidentales hacia las sociedades en desarrollo. Otros se refirieron al desarrollo en términos de requisitos y condicionantes auto-generados. En muchos casos, se puso énfasis en la incorporación de tecnología como generadora de procesos transformativos que habrían de traducirse en cambios en los estilos de vida y las perspectivas culturales de las sociedades en vías de desarrollo. En algunos, se aludió al cambio cultural como condicionador de cambios estructurales.

Más allá de las interpretaciones dispares del proceso, los teóricos de la modernización solían presumir que eventualmente se daría una convergencia en los patrones de desarrollo de las sociedades humanas, estando la disimilitud centrada en una cuestión progresiva de ritmos de cambio (*timing* es el término inglés proyectado en este contexto). La misma nomenclatura que distingue el 'Primer mundo' del 'Segundo...' y del 'Tercer mundo' (o el 'Cuarto...') es un resabio semántico de tales visiones desarrollistas.

En el seno de las ciencias sociales latinoamericanas se generó, como se sabe, una reacción a las teorías cándidas de la modernización y el desarrollismo. Esta reacción dio lugar a teorías que destacaron el 'subdesarrollo del

desarrollo'; el imperialismo cultural; la 'teoría de la dependencia' que intentó explicar la crisis de los proyectos desarrollistas como contraparte inherente de la vía capitalista de modernización y la aplicación del concepto gramsciano de hegemonía al estudio de las realidades del poder y las decisiones políticas. Fuera del ámbito latinoamericano, se estructuraron visiones críticas en torno al énfasis unilineal y convergente de las teorías tempranas de la modernización; algunos programas investigativos –como el de S.N. Eisenstadt– elaboraron la multilinealidad, complejidad y variabilidad civilizatoria de sociedades post-tradicionales y de la modernidad. Otros, como el de Anthony Giddens o, desde otra perspectiva, el de Ernest Gellner, elaboraron análisis sistemáticos sobre el desarrollo histórico de la humanidad hasta el estadio de la modernidad tardía, proveyendo claves sobre su estructuración y recomposición.

En forma paralela se desarrollaron programas investigativos como los de Immanuel Wallerstein, que sistematizaron un marco global de análisis estructural, al tiempo que se difundían en forma creciente conceptos como los de Marshall McLuhan, que afirmaron ya en la década de los 60 que el mundo se halla en vías de transformarse en una "aldea global".

Tales líneas analíticas condujeron, a partir de la década del 80, a una descontrolada irrupción de los discursos globalistas. Estos discursos, vaticinadores de La era (con mayúsculas) de la globalización, proliferan tanto en el ámbito de las ciencias sociales como en el cotidiano. Los distintos autores que han contribuido a la difusión de la creciente literatura sobre el tema comparten, más allá de divergencias teóricas y metodológicas, la idea de que el orbe en su totalidad se transforma en forma creciente en la unidad básica de análisis e interpretación de los desarrollos sociales, políticos, económicos y culturales del mundo contemporáneo.

Generalizando, se puede afirmar que el estudio de la globalización se centra en el análisis de los procesos e influencias mutuas de fuerzas sociopolíticas, económicas y culturales que contribuyen a la conformación del mundo como una unidad compartida. En su marco, sucesos que otrora se desarrollaban supuestamente en forma independiente se tornan interdependientes en forma progresiva. Problemas que en décadas recientes se identificaban como analizables en el plano de marcos sociales supuestamente autárquicos – básicamente, el marco de los estados nacionales– se reevalúan globalmente en la actualidad¹.

Desde la perspectiva del orbe como unidad básica de análisis para la interpretación de desarrollos sociales, políticos, económicos y culturales, es ampliamente aceptado que muchos de los problemas agudos que afectan la vida de millones de seres humanos son atribuibles a factores distantes en el tiempo y el espacio. Los ejemplos que son citados a menudo provienen de la

esfera del empleo y el desempleo; la reducción en el seguro social; las guerras; el terrorismo; las hambrunas; las fluctuaciones de precios en los mercados mundiales y los disturbios sociales².

Un punto central que la amplia literatura sobre la globalización recién comienza a analizar se remite a la redefinición de las identidades colectivas y los compromisos sociales (las solidaridades humanas, al decir de Durkheim) en la presente era de creciente globalismo e incrementado debate sobre su impacto. Es en este ámbito que los estudios de Jonathan Friedman y las contribuciones reunidas por Mario Rapoport son claves fundamentales para plantearse el tema en el contexto latinoamericano.

En ambos casos se analizan en profundidad los dilemas y las prácticas de configuración de identidades, tal como se vislumbran en relación con experiencias humanas estructuradas en procesos sociales de creciente escala global. Se exploran las conexiones entre la desintegración de anteriores modelos hegemónicos, los cambios en la configuración de los sistemas económicos y políticos, los procesos de lumpenización, etnificación e indigenización que se dan paralelamente a la multinacionalización, la formación de nuevos parámetros de desarrollo y nuevos modelos hegemónicos de proyección mundial. Se indagan los factores que conducen a la reformulación del balance entre lo universal y lo particular en la era actual. Se intenta destacar las consecuencias del nuevo balance en el plano de las identidades y voluntades colectivas, así como en los diversos ámbitos de la cultura, la política, la sociedad y la dimensión territorial.

Más allá del interés compartido por entender el impacto de la globalización, existen diferencias notables entre los dos libros, tanto en su óptica de análisis como en la apreciación del proceso de globalización. Los trabajos reunidos por Mario Rapoport tienen como origen dos seminarios comparativos sobre el Canadá y la Argentina en la era de la globalidad, organizados en 1992 y 1993 por el Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social de la Universidad de Buenos Aires y el Departamento de Ciencias Políticas y el CELAT de la Universidad Laval de Quebec. El libro refleja, por tanto, las perspectivas de economistas, historiadores, politólogos y sociólogos sobre la proyección de la globalización. Disciplinariamente, la obra de Friedman se orienta en otro marco conceptual, el de la antropología cultural, focalizando esfuerzos en la discusión de la reformulación de las identidades a partir de cambios en la experiencia de los seres humanos.

Aun así, Friedman contempla la aproximación sistemática del análisis del marco histórico-macrosocial, que genera flujos y reflujos en el renovado debate sobre la globalización, y su impacto en la visión de los seres humanos. Es por esta vertiente contextual que ambas obras se aproximan y complementan.

Particularizando, algunos de los autores de artículos del libro de Rapoport focalizan su aporte en la comprensión de lo que María de los Angeles Yanuzzi llama 'la desarticulación de los sujetos políticos' (Rapoport, p. 333) o Gilles Breton, la 'desposesión' política (p. 27) inherente a la nueva etapa de globalismo. En tal sentido, la globalización estaría planteando, según Breton, 'el fin de la homología entre el territorio de la democracia y las fuentes de su renovación y ampliación' (*ibid.*).

El trabajo de Richard LaRue y Jocelyn Letorneau ('La unidad y la identidad del Canadá: Ensayo sobre la desintegración de un estado', pp. 289-309) es representativo de esta sugestiva línea de análisis. Según LaRue y Letorneau, mientras en el pasado el discurso de la nación era fuente de motivación y motivo de orgullo, en el presente suena ya fútil o permanece inaudible. Consecuentemente, presenciamos la ineficacia creciente de los grandes relatos de edificación nacional para dar sentido a un ideal que proponga en el plano simbólico un modo de representación del Estado que satisfaga las aspiraciones y visiones de los grupos que conforman la trama social. A ello se suman los microrelatos de identidades fragmentadas, el juego lúdico y la palabra fragmentada (sobredeterminada tal vez en el plano legal) que, según los autores, "provoca el aplastamiento del sentido cívico, favorece el advenimiento de la identidad narcisista y alimenta el proceso tecnoburocrático de gestión y de regulación de lo social que, en adelante, no se ocupa más que de las demandas provenientes de interlocutores dotados de potentes variables de intervención pública por haberse apropiado, a través de una lucha muy competitiva y especializada, de una posición ventajosa en el seno del espacio discursivo que, en la era de la sociedad mediática, es un poderoso lugar de formación identitaria" (p. 305). Se da así lo que Yanuzzi estima como una reducción peligrosa del espacio público, a partir de lo cual el mundo parece feudalizarse y la sociedad se atomiza. No se permite, así, la construcción de espacios comunes o, al menos, tales espacios se ven sumamente reducidos y sumidos en la precariedad.

Es importante destacar la capacidad reducida de los públicos nacionales en enfrentar la visión globalista, ya que en la década pasada se puso énfasis en la capacidad ampliada de la sociedad civil para facilitar las transiciones a la democracia. Aun así, las nuevas políticas económicas han generado ya reacciones de protesta y resistencia a las consecuencias de la 'apertura' de mercados. El desempleo creciente, los cortes en el gasto público, la miseria de las clases pobres urbanas y rurales han generado movilizaciones desarticuladas de protesta, amén de desórdenes y niveles alarmantes de criminalidad. El carácter reactivo de dichas movilizaciones ha mermado su impacto en el manejo de la agenda pública, al menos hasta que las consecuencias sociales del reajuste económico han alcanzado niveles desconcertantes. Por ejemplo,

las políticas requeridas y apoyadas por las finanzas internacionales y los Estados Unidos ya han generado una severa ampliación de la brecha social en América Latina y, hacia la primera mitad de los 90, explosiones sociales y revueltas en las zonas menos desarrolladas de países como la Argentina, Venezuela y Ecuador en pos de mejoras en el nivel salarial, protestando por el cuadro de desempleo y la bancarrota de las economías regionales. A pesar de su carácter localizado, algunos de los movimientos reactivos pueden jugar un papel decisivo en el plano local y aun en el ámbito internacional, bajo ciertas condiciones geopolíticas estratégicas, como ha sido el caso de la revuelta de Chiapas en el bienio de 1994/95, explicable en el contexto del ingreso de México al marco de NAFTA.

Puede decirse, entonces, que existen núcleos y movimientos sociales que reaccionan ante el impacto del globalismo y las políticas económico-sociales que se estructuran paralelamente a la 'apertura de mercados'. Tales núcleos y movimientos sociales deben evaluarse en función de su capacidad dispar de jugar roles efectivos de gobernabilidad 'desde abajo' en el marco de las políticas nacionales y globales.

Creo necesario destacar aquí la importancia persistente del marco estatal territorial, dado que la literatura de la globalización alude a menudo a la pérdida de terreno por parte del Estado ante el peso de las presiones globales. Aunque la visión de exclusividad estatal (la así llamada 'soberanía nacional') y los modelos de identidad colectiva unitaria o compulsiva se hallan en retroceso, las sociedades ligadas a un territorio determinado siguen constituyendo 'comunidades de destino'. En tales comunidades, los pobladores se hallan unidos por los efectos de procesos locales y globales que se interconectan a nivel de las políticas 'nacionales'. En ese sentido, éstas siguen configurando un marco clave en la estructuración de legitimidad, legalidad y gobernabilidad. En un artículo reciente, Paul Hirst y Graham Thompson enfatizan los nuevos roles de los estados en la era global. Al tiempo que ceden poder,

"proveen legitimidad como la voz exclusiva de una población ligada a un territorio. Pueden practicar el arte del gobierno como un proceso de distribución de poder sólo si pueden presentar sus decisiones como poseyendo la legitimidad del apoyo popular. [En el marco político global] los estados aseguran que en una forma muy mediada los entes internacionales respondan a los públicos claves del mundo y que las decisiones que gozan del respaldo de los países principales del globo puedan ser puestos en práctica mediante las leyes locales y el poder estatal local... La característica específica de los

estados-nación (que no se presenta en otras agencias) es su habilidad de hacer efectivos acuerdos, tanto hacia arriba –dado que son representativos de territorios– como hacia abajo, puesto que son poderes legítimamente constituidos. Paradójicamente, por lo tanto, el grado en el cual la economía mundial ha sido internacionalizada... reintegra la necesidad de un estado-nación, no en su cariz tradicional como el poder soberano exclusivo, sino en su carácter de garante crucial entre los niveles internacionales de gobernabilidad y los públicos articulados del mundo desarrollado"³.

Es en tal sentido que el cambiante marco de la gobernabilidad y la legitimidad es el foco central para analizar la capacidad diferencial de los distintos movimientos sociales y formas voluntarias de asociación y movilización para impactar la toma de decisiones públicas y replantear las relaciones entre la sociedad civil y el estado.

Se despliegan, así, los intereses de comunidades y coaliciones localizadas junto con los de corporaciones transnacionales que presionan por derechos de movilidad y condiciones de control; dichos intereses son presentados e interpretados en función de las visiones sociales locales y del ambiente global. Un interesante estudio destaca que al discutirse la integración continental de sus respectivos países, los públicos de Suecia y Canadá –opuestos al modelo de la integración Europea y al tratado de Libre Comercio canadiense-norteamericano (1989)/NAFTA (1994)– vieron reducida su capacidad operativa para retener los logros del pasado y definir la dirección de la política. En ambos casos, según Gordon Laxer, los pactos de integración continental fueron un medio de soslayar culturas políticas críticas de las corporaciones transnacionales y la comodificación del trabajo humano. Sectores populares amplios de ambos países se opusieron a la continentalización, en función de su preocupación por la seguridad laboral, los servicios de seguridad social, los conceptos de ciudadanía, de soberanía, de democracia, en fin, de tradiciones sociales populares de autonomía a nivel del estado territorial. Pese a que esos sectores, típicamente representados por los obreros, las mujeres y las poblaciones de áreas periféricas, lograron acumular alrededor de un 50% de votos contra la unión, las élites políticas e intelectuales aliadas a una coalición de poder político y financiero lograron llevar adelante el proyecto de integración y ‘armonización’ de políticas económicas⁴.

Procesos como la integración europea, la reformulación de las alianzas supra-nacionales o las migraciones motivadas por razones económicas generan el debate sobre el tema de la exclusión de parte de los pobladores

de un territorio 'nacional'. Por otra parte, tal como lo indica Federico Schuster en su contribución al libro de Rapoport, el adensamiento de las redes de comunicación de masas agudiza la percepción y en parte la sensibilidad respecto de la violación de derechos humanos, el hambre, la miseria, la violencia, entre otros temas de candente alcance global.

La obra de Friedman aporta elementos de juicio suplementarios a los anteriores. Reconoce la cultura del narcisismo, la posmodernidad, el capitalismo tardío, el industrialismo y la informática como factores que determinan y constriñen la visión colectiva en el Occidente desarrollado. Pero afirma que a tal dinámica se suman otras relativas a culturas nacionales esencialistas, fundamentalismos, etnicidades, cultos tercer-mundistas y movimientos de liberación cuarto-mundistas. Reflejando la irrupción de guerras civiles como las de la ex Yugoslavia o la de los hutu y tutsi en Ruanda-Burundi, indica que se podría afirmar que estamos entrando en una era de creciente tribalismo, donde el individualismo es reemplazado por presiones colectivas.

Friedman reconoce, pues, un caos de identidades y de estrategias para su redefinición en el mundo contemporáneo, producto de fuerzas sociales que impactan los estilos y niveles de vida de la población. Impulsos locales existen junto a prácticas implícitas en la adaptación a procesos globales que condicionan la definición de las identidades. Las tendencias contradictorias aludidas deben ser contempladas al unísono si se desea desarrollar una visión comprensiva del actual impacto de los procesos globales.

El juego entre lo universal y lo local no se da sólo a través de la imposición de una cultura a partir de los centros hegemónicos de difusión cultural; debe analizarse también la incorporación intencional de la cultura externa ('global') por parte de las élites locales en general y las élites intelectuales en particular. Friedman sugiere al respecto que los investigadores adopten una visión situada de la cultura, a partir de la cual se la estudie como el producto de relaciones sociales desde las cuales se transmiten significados y visiones individuales y colectivas; es decir, sugiere que se estudie la producción de significados como una práctica disputada en el marco de la existencia social. Aquí es importante volver a los trabajos compilados por Mario Rapoport, parte de los cuales se remiten al análisis de las experiencias de ordenamiento de las relaciones de poder en el plano internacional y en el plano de la inserción de los países en desarrollo (capítulo 1), las experiencias de integración regional y su impacto en la redefinición de los nacionalismos (capítulo 2) y las experiencias regionales en el marco de las redefiniciones globales (capítulo 3).

En el Canadá y la Argentina, la era actual presencia la fragmentación de identidades colectivas y modelos precedentes de constitución social. Bajo el

impacto del globalismo y de la ética neo-liberal que prima la lógica de mercado por sobre la voluntad política, se genera cierta disgregación social. Esta tiene límites, empero, signados por el umbral donde la desarticulación de lo público puede llegar a afectar (en forma mediada por el crimen y la inseguridad personal) las condiciones de vida de aquellos sectores de la población con voz en la esfera pública. Ello requiere reelaborar un pensamiento comprensivo, precisamente cuando se desarticulan muchos de los fundamentos de las identidades colectivas anteriores y los modelos existentes de movilización social.

La etapa actual de globalización es, por lo tanto, particularmente interesante desde el punto de vista de la investigación social y cultural. Al redefinirse las identidades y los encuadres de la mayoría de las colectividades humanas, se refuerza la necesidad de repensar los compromisos sociales en el ámbito legislativo, administrativo y judicial. A través de la discusión pública, se habrán de estructurar nuevos balances entre los intereses particulares legítimos de distintos sectores, organizaciones e individuos por un lado, y por el otro, un pensamiento generalizado orientado a trascender dos vertientes contemporáneas. Una, la visión de la sociedad hiper-individualista, que sustenta el respeto de la autonomía individual y la vida privada, pero según la cual la esfera pública se somete a la lógica del mercado, de acuerdo al predicamento de los modelos globales. La otra, la visión de resistencia de quienes sueñan con revivir el pensamiento macro-social del pasado, aunque a menudo sin superar los modelos hiper-integracionistas.

Ante las severas consecuencias sociales de la implementación de las nuevas políticas sustentadas junto con el discurso globalista, muchos ya saben hoy o están descubriendo a un alto precio personal lo que no quieren, pero tienen aún dificultad para construir alternativas. Una reevaluación de la búsqueda de compromisos públicos posibilitará conservar la legitimidad de la nueva visión de autonomía individual y legitimidad del interés privado mientras se elaboran nuevos proyectos que reconozcan la necesidad de una deliberación y concertación en la esfera pública y que, consecuentemente, confieran nueva legitimidad y prestigio al quehacer público. Ello se liga de forma inherente a la peculiaridad de la identidad iberoamericana, ya que ésta se conecta a un ideario histórico-político de renovación de proyectos de interés colectivo, entre ellos el bolivariano de forja de una identidad posnacional. Es sugerente la afirmación de Federico Schuster, relativa al proyecto bolivariano, paradigmático de muchos otros de renovación de idearios colectivos en América Latina. Por su propia índole de visión inconclusa, afirma Schuster, "está(n) siempre más relacionad(os) con su pasado y con su futuro que con su presente" (Rapoport, p. 331).

NOTAS

1. En la década del 90 se elaboraron lecturas comprensivas sobre la globalización. Entre ellas se destacan A. Giddens, *The Consequences of Modernity*, Stanford University Press, 1990; U. Hannerz, *Cultural Complexity*, New York, Columbia University Press, 1992; E.A. Tiryakian, "The New Worlds and Sociology: An Overview", *International Sociology*, 9, 2 (1994): 131-148; R. Robertson, "Mapping the Global Condition: Globalization as the Central Concept", *Theory, Culture and Society*, 7 (1990): 235-239; *idem*, *Globalization, Social Theory and Global Culture*, London, Sage, 1992; L. Sklair, *Sociology of the Global System*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1991 y M. Featherstone (comp.), *Global Culture*, London, Sage, 1992.
2. Para un análisis de los mismos, ver entre otros D. Held, *Political Theory and the Modern State*, Cambridge, Polity Press, 1989 y L. Roniger, "La globalización y la cultura de la disgregación social", de próxima aparición en *Ciclos*, 1996.
3. P. Hirst y G. Thompson, "Globalization and the Future of the Nation State", *Economy and Society*, 23, 3 (1995): 20-21.
4. G. Laxer, "Opposition to Continental Integration: Sweden and Canada", *Review of Constitutional Studies*, de inminente publicación en el volumen 3.